

Legado

Andrea Jackelinne Bolaños Sánchez

Docente del Departamento de Humanidades

Universidad Mariana

Aquellos campos verdes, ¿recuerdas?, yo no los olvido; a mis 90 años, aquellos recuerdos quedaron marcados como si en realidad el tiempo nunca hubiera pasado. Son muchas estaciones de incertidumbre, desasosiego, miedo, pesadillas. ¡Qué inclemencia de la memoria no exorcizar el recuerdo!

La sangre de mis muertos aún está latente en mis manos, huele a angustia, a desconsuelo y a tribulación, aquella que alimenta la perversión de una mala copia de la humanidad. La agonía de estar vivo carcome mi alma, o lo poco que queda de ella, e inmortaliza el pasado y lo padece en esta forma de cuerpo convertido en esqueleto, rodeado de pellejo y trapos andrajosos.

No olvido aquellas paredes ausentes de ventanas, símbolo de esperanza, una falsa; porque delante de ellas se vislumbraba la adversidad. A lo lejos, se observaban los alambres finamente organizados, macabramente ubicados, predispuestos a lastimar la piel e inmolar hasta al más indefenso. ¡Los pasillos!, peligro inminente, pues un paso más y estaba la muerte, el pasillo era el camino a la desgracia, el engaño materializado. Y la luz se convertía en el ardid para las almas presas por el dolor, el miedo y la miseria.

Macabros eran los sueños que en la desdicha del suelo se configuraban, ahí se revelaba otra vez la desventura de la existencia, como una película mal hecha sin final, impredecible

para el desenlace y torturadora para representar la realidad. La locura no podía fugarse, dormir no era una opción, sufrir era el único destino.

¿Sabes?, lo irónico es que aunque mi mente quiere olvidar, ella misma vuelve y me evoca a esos cuerpos ruinosos arrojados en las carretillas, donde la fuerza ya no existe para levantarse y reclamar su vida, pero ¡añoran la mía!, por el simple hecho de estar de pie, ¿y yo?, anhelando su paz, en medio de tanta infortunio; concibo que solo en la muerte se encuentra ese estado pleno de armonía, pero ellos aún no lo saben, y es ahí donde reclamo mi derecho, pero la muerte me da su espalda y se va, pues disfruta verme en este mundo para ser lacerado por la llamada perfección humana.

¿Y su dios?, ¿mi dios?, es latente que el de ellos disfruta este infierno, cubriendo su cuerpo de carmesí y ceniza, pero el mío... dudo de su existencia.

Postrada en esta cama solo espero que un día llegue mi triunfo. Agonizo en mi soledad, que guarda en secreto mis más oscuras amarguras, que retumban en una sola pregunta: ¿por qué marcar mi historia de esta manera?, la saña y la malicia son el látigo que constantemente laceran mi cuerpo, mi espíritu ¡si aún lo tengo!; los años pasan más lentamente y la agonía se vuelve eterna, solo espero que la muerte llegue por mí para ya no pensar y así expiar mi memoria.

Los años pasan, pero ella no llega...